

## EDUCACION Y SOLIDARIDAD\*

*Alberto Simons, S.J.\*\**

### TENDENCIAS EDUCATIVAS

El interés de este artículo está centrado en el segundo término de su título , es decir en la solidaridad. Sin embargo, es necesario aclarar primero qué entendemos por educación. Actualmente se pueden percibir con bastante claridad dos tendencias en la forma de entender y enfocar la educación. La primera se puede calificar como informativa especializada y la segunda como formativa integral.

#### A. *INFORMATIVA ESPECIALIZADA*

El objetivo de esta tendencia es el *enseñar* sólo lo necesario *para una profesión muy específica* y tiene cuatro características;

---

\* Este artículo constituye la primera parte de un trabajo cuya segunda parte tendría por objeto la perspectiva cristiana sobre el tema, que es, evidentemente muy rica. Quede esto para un segundo artículo.

\*\* Pontificia Universidad Católica del Perú-Departamento de teología.

1. Está enfocado hacia lo *presente inmediato*; interesa más el qué y el cómo de la cosas que el por qué y para qué de ellas; *más importantes son los medios que los fundamentos y fines*, y muchas veces estos últimos desaparecen quedando los medios sustentados en ellos mismos y constituidos en fines.
2. Esta tendencia es *pragmática-tecnológica*, poniendo más el énfasis, en la acción, que en la reflexión; más en la técnica que en la investigación y la ciencia, y su vertiente moral se sustenta en el principio de que el fin justifica los medios.
3. Es de tipo *utilitaria-individualista*, lo cual significa que el valor de las cosas y sobre todo de las personas no se pone en ellas mismas sino en su utilidad práctica inmediata y se trata de asegurar un porvenir, sobre todo en el aspecto económico, de forma individual.
4. Finalmente, esta tendencia ve a la educación y a la persona misma *en función de la mayor producción en el sistema económico*.

La tendencia así caracterizada surge de una visión determinada de la realidad actual. En nuestro mundo, que tiene su origen en el nacimiento de lo que se suele llamar la modernidad, no cabe duda de que el avance científico y técnico, el producir más y el crecimiento económico se tienden a imponer como fines válidos en sí mismos. Se considera que el progreso científico, técnico y económico son de por sí progreso humano. Se produce para satisfacer las necesidades del hombre pero al mismo tiempo se le crean artificialmente más necesidades a ese hombre para poder producir más. El ser humano actual se encuentra encerrado en el círculo de la producción y el consumo.

Una situación así se refleja a nivel vital y de la cultura en una manera de vivir y en una manera de pensar que justifican y tienden a mantener el sistema que da forma al conjunto social. No resulta, pues, extraño el interés del hombre actual por el bienestar inmediato, por lo útil y lo práctico, su “fe” en la técnica y las leyes del mercado, y su “olvido” de la búsqueda de un sentido trascendente a su propia vida y a la existencia en general. Tampoco es de extra-

ñar, la relación de lo dicho con el actual sistema técnico-económico al cual, indudablemente, favorece este tipo de mentalidad.

A este respecto J. Moltmann señala lo siguiente:

“Un mundo que haya sido hecho y se halle gobernado por la técnica científica, sugerirá también a los hombres que en él viven una actitud técnica frente a sus problemas. Hay que saber cómo se hizo y cómo se ha de hacerse. Por eso, ante accidentes de empresa y tráfico, se pregunta uno: ¿qué hay que hacer aquí? Si son mortales, la participación acaba a menudo con el sobrio diagnóstico: no queda nada que hacer. El contacto continuo con cosas hechas y factibles lleva también a los no-técnicos de esta sociedad a la costumbre de verlas tal como son, y a concebirlas desde el aspecto de su factibilidad. Y no es que en lo referente a las cosas dicha actitud sea incorrecta, pero las artes técnicas fallan habitualmente cuando se trata de hombres y de problemas humanos. Frente al amor, al sufrimiento y a la muerte, el técnico expeditivo se siente irritado. Queda sin habla. Enmudece.

Occidente ha experimentado, sobre todo por la acentuación del liberalismo, y actualmente del neoliberalismo, la afirmación incondicional del individuo y de un sistema estructurado para defender los intereses individuales por encima de los comunitarios. El predominio de la técnica y la economía ha causado la masificación de los hombres, sobre todo en las grandes ciudades. La sociedad se hace en su administración cada vez más colectivista. Por eso atomiza al hombre y lo aísla. Esto ha significado de hecho mutilar al ser humano de su dimensión social, comunitaria y solidaria, y a tenido como consecuencia dejar a los individuos, solos, e impotentes frente a una macroestructura que los agobia y acaba por angustiarlos neuróticamente. Puesto que esta configuración de la realidad no nos parece adecuada ni conveniente, como tampoco la tendencia educativa coherente con ella, proponemos la otra tendencia educativa que nos servirá de base para todo lo que diremos posteriormente.

## B. *FORMATIVA INTEGRAL*

El objetivo de esta tendencia es el *educar a la persona* de tal manera que ésta pueda *ser y valer más como tal, desarrollando todas sus propias potencialidades*. Tiene las siguientes características:

1. Pretende dar una *visión englobante e integrada*, en cuanto es posible, de la realidad en el espacio y el tiempo y de la propia persona, de tal forma que ella pueda relacionar las partes con el todo y así *descubrir y dar un sentido a la propia vida y a la realidad*.
2. Es *humanista*, puesto que su finalidad principal no es ni la técnica, ni la profesión, ni los conocimientos sino *la formación del ser humano en cuanto humano*, es decir en aquello que lo tipifica entre los demás seres de la naturaleza: *la inteligencia* entendida como la búsqueda de la verdad de la realidad, *la libertad* como la posibilidad de autorrealizarse en solidaridad y *la capacidad de amar* entregándose.
3. En relación con esta segunda se da la tercera característica que es el ser *liberadora* en cuanto ayuda al ser humano a realizarse *al pasar de lo que es, a lo que quiere, puede y debe ser*.
4. Es *personalizadora*.
5. Es *solidaria*.

En esta dos últimas características nos vamos a detener de forma más extensa, pues están muy relacionadas, son complementarias y la última constituye el centro de interés de este trabajo.

Lo señalado antes no nos debe hacer olvidar que la reivindicación del ser humano singular como no intercambiable con ninguno de su misma especie, con sus derechos y dignidad inalienables son una de las mayores conquistas de la historia humana y tiene sus raíces en el mensaje bíblico y cristiano. Esta reivindicación surge frente a la predominio de la sociedad, del Estado o de cualquier otro tipo de institución que quiera pasar por encima de esos derechos y dignidad, incurriendo en diversos tipos de totalitarismo, colectivismo o gregarismo.

Por eso es importante diferenciar el término "*individuo*", que por lo menos en su acepción negativa considera al ser humano como "átomo social", encerrado en sí mismo y que se constituye en oposición a los demás seres humanos y a la sociedad, del término

positivo de “*persona*” según el cual cada ser humano se constituye en virtud de sus propias cualidades irreductibles pero también como intrínsecamente social, comunitario y solidario, en una tensión difícil, pero que no se puede evitar sin caer en el peligro del individualismo en un extremo, o del totalitarismo o colectivismo en el otro. Por ello conviene profundizar en el concepto y en la realidad del ser humano como persona y en la característica fundamental de la educación como personalizante, antes de ver la dimensión solidaria.

## PERSONA Y EDUCACION

El término de persona lo entendemos como lo característico de cada ser humano y todo ser humano, en cuanto tiene una identidad original, única, irrepetible, insustituible; es sujeto, no mero objeto, se autoposee, tiene dominio de sí mismo, pudiendo articular su vida de forma inteligente, integrada, coherente, está constitutivamente abierto y se realiza en relación al mundo, a los otros seres humanos y es trascendente. Por su realidad personal el ser humano, todo ser humano, vale por sí mismo como fin y no como mero medio de la sociedad, el Estado, la producción o la misma religión, puesto que la ordenación del ser humano a Dios no es de medio a fin sino de un fin a otro fin superior.

Ahora bien, la identidad única de cada persona, como se puede ver, no es un especie de esencia vacía o clausurada, sino la forma original y creativa como cada ser humano asume lo que le viene dado biológica, psicológica, histórica, socio-cultural y existencialmente. Es también aquella manera de ser con la cual se identifica cada uno, dando coherencia a su conducta y sus deseos. Así caemos en la cuenta de que la identidad personal no se constituye de forma aislada, y menos aún en oposición al resto, sino que está habitada intrínsecamente por los demás y el mundo.

Además, la identidad personal no es algo estático sino dinámico que se despliega en la historia y en el tiempo, pues es la conciencia de una continuidad de significado y de propósitos con raíz en el pasado y proyección en el futuro. En ella se da la bipolaridad entre lo que *es* cada ser humano y *lo que quiere, puede y debe ser*, que es el llamado a realizar la propia vocación. Podría aquí distinguirse

entre la condición humana (lo que el hombre es) y la búsqueda de su humanidad (lo que está llamado a ser). La realización del ser humano es el camino que va de lo uno a lo otro. En ese sentido cada ser humano es lo que es y también el proyecto de sí mismo hacia el futuro.

De lo anterior se desprende que la educación tiene que ser necesariamente personalizada y personalizadora pues debe tener en cuenta que *no hay un modelo único de ser humano* al cual se tiene que adaptar el alumno, sino que el educador debe ayudar al educando a encontrar *su propio modelo* a realizar de forma original aunque no autárquica. Por eso resulta tan negativa la competencia como método educativo, pues supone la uniformidad de todos los seres humanos, confunde la competitividad con el ser competente, y crea múltiples frustraciones entre los alumnos.

Lo dicho anteriormente nos permite empezar a percibir que la dimensión personal no es lo opuesto sino lo complementario de la dimensión social, comunitaria y solidaria del ser humano y, por tanto de la educación.

## PERSONA Y SOCIEDAD

La persona humana busca realizarse pero, para hacerlo, necesita complementarse. Por ello, su búsqueda de realización es tendencia, deseo, que la lleva más allá de sí misma, más allá de la limitación que le impone su propio yo. Al mismo tiempo le es necesario reconocer que en la apertura a la realidad se encuentra con otros “yo” que buscan también su propia realización. Estos otros “yo” no son meras cosas sino también libertades en realización que no pueden sufrir el trato de simples cosas sujetas a dominio pues la misma persona no espera ese trato para ella misma. Se da aquí, necesariamente, un cambio cualitativo que exige una relación totalmente distinta. A este nivel la persona sólo puede realizarse en el medida en que respeta los otros “yo” y, más profundamente, se dé a sí misma para encontrarse en el plano superior de un “nosotros”, único modo de superar la limitación de su propio yo. Hegel ha escrito que es “la característica de la persona... suprimir su aislamiento, su separación”: “En la amistad, en el amor, yo abandono mi perso-

alidad abstracta y es así como adquiero la personalidad concreta. La verdad de la personalidad es, pues, de adquirirla sumergiéndose, estando sumergido en el otro”.

Como dice J. Moltmann:

“La soledad del yo en el *homo faber* no es, pues, original, es un producto de su cerrazón al “tú” y un alejamiento del lenguaje de los vivientes. La fórmula original es ésta: yo soy, puesto que tu eres. En el comienzo estaba el “tú”. Toda vida humana es una vida dialogal, si no se convierte en una vida que languidece. La palabra, el lenguaje, devienen así el principio de la comunicación y los intermediarios gracias a los cuales el hombre deviene hombre para el otro hombre. El lenguaje sólo es secundariamente un medio de entendimiento sobre los hechos materiales y un portador de información. Es, en primer lugar, la fuerza creativa de personificación y el “lazo” de reconciliación entre el yo y el tú. De ello se sigue que la subjetividad es siempre intersubjetividad, que la humanidad es siempre cohumanidad, que la responsabilidad es siempre la necesidad de dar una respuesta”.

En realidad el sujeto humano no es un “yo” sino un “nosotros”. Pero no el “nosotros” gregario e impersonalizado donde el hombre atomizado es, a fin de cuentas, solitario. Ni tampoco el “yo-tú” romántico, desencarnado e ilusorio. “La esencia del hombre se contiene únicamente en la comunidad, en la unidad del hombre con el hombre —una unidad, sin embargo, que se apoya tan sólo en la realidad de la diferencia del tú y el yo” (L. Feuerbach). El “nosotros” es de una dimensión social plena. Actualmente ese nosotros se extiende a toda la humanidad, pues, día a día, se percibe más claramente que el destino, la realización de cada ser humano, va ligado a toda la humanidad.

Pero la expresión “dimensión social” tiene una ambigüedad. La sociedad no es el resultado de la yuxtaposición de individuos ya constituidos sino, y desde el origen, un sistema de interacciones que constituyen a la persona y forma parte de su condición humana total. Según esto, no se puede hablar de dos tipos de conciencia, una individual y otra social, que se añadiría a la primera, sino de una única conciencia del “yo” que se constituye necesariamente en el interior de un nosotros de tal manera que aun en el caso de una

actitud individualista, cuando decimos yo, ese yo está habitado por los otros.

Ya desde el comienzo de la vida del hombre, y en el interior de las relaciones particulares y afectivas del reducido núcleo familiar, se le está transmitiendo una cultura, es decir visiones del mundo, significados, sensibilidades, valores, normas, comportamientos, etc. que posibilitan y regulan la convivencia social y que son inevitables. El hombre es creador y criatura de la cultura (M. Landmann). “cada cultura es un camino del alma hacia sí misma” (G. Simmel). Es más, hay que tomar conciencia de que si bien todo ser humano al nacer tiene la dignidad de tal, el acceder real a la humanidad se hace por aprendizaje. El ser humano se aprende y se enseña. En realidad el objetivo de toda educación debería ser ese: ayudar a acceder a la propia humanidad.

Ahora bien, lo social confronta a la persona con una serie de condicionamientos tanto más difíciles de superar cuanto que normalmente se los vive a nivel inconsciente: lo que se le transmite a la persona y ella asimila sin crítica, es el resultado de una objetivación cultural que obstaculizará, en la medida que permanezca inconsciente, la libertad del hombre en su función creadora de valores y de humanidad pues ésta no sólo se recibe pasivamente sino también se recrea continuamente.

Como resumen de lo anterior se podría señalar lo siguiente:

1. La persona humana se logra como tal en y por la comunidad interpersonal, la cual no es una superestructura sino un elemento constitutivo del ser humano.
2. La sociedad es mediadora de la personalidad (identidad); sin esa mediación la persona, pura y simplemente, no se da de hecho.
3. El hombre pone a prueba su ser personal en su capacidad para modelar la sociedad a la que pertenece (y las instituciones que ésta implica) y por la que es modelado.

A partir de lo anterior se pueden sacar dos importantes conclusiones:



1. El ser humano no sólo tiene relaciones sociales, es constitutivamente social, es sociedad. Pensamos, sentimos, valoramos, actuamos, en una proporción muy alta, como la sociedad piensa, siente, valora y actúa. Así dice Andrés Tornos: “el hombre es un lugar en el que anda la cultura” o para decirlo en una frase ya clásica de J. Ortega y Gasset: “Yo soy yo y mis circunstancias”. La dimensión social en el ser humano es tan fundamental como la dimensión personal.
2. El medio socio-cultural es el segundo “útero” que engendra al ser humano en cuanto humano de forma tan importante como el útero materno. Como señala J. Masiá Clavel, el hombre nace prematuramente sin poder valerse por si mismo y pasa del seno materno a la matriz socio-cultural que lo acoge. Sin la ayuda de lo socio-cultural ni lo biológico humano se desarrolla plenamente como lo confirma el caso de los niños criados por lobos. El animal inacabado que somos es, por naturaleza, animal cultural. Para el ser humano es tan natural lo biopsíquico como lo cultural. Pertenece a la naturaleza humana el crear y vivir cultura. El hombre se halla en un proceso histórico-cultural, que brota de su interna inclusión biológica y de su apertura al mundo.

## EDUCACION PARA LA SOLIDARIDAD<sup>1</sup>

Lo anterior nos ha preparado y sentado las bases para poder enfocar adecuadamente lo que es el objetivo de este trabajo: la dimensión solidaria de la educación.

Sin embargo es conveniente caer en la cuenta, como señala T. Mifsud, de que el término de solidaridad puede prestarse a equívocos. *Las corrientes liberales y neoliberales* rechazan la solidaridad en nombre de la supremacía de la libertad individual y la confianza ciega en las leyes económicas; por otra parte, algunas *tendencias de inspiración marxista* la miran con sospecha por la posibilidad de encubrir los conflictos sociales, evitando así los desafíos estructurales en las situaciones de injusticia. En el campo *católico*, la solida-

---

1 Para toda esta parte me han servido de base los artículos de T. MIFSUD, “La cultura de la solidaridad como proyecto ético” y de T. GOFFI, “Solidaridad”.

ridad se comprende en términos de reivindicación de los derechos fundamentales de la persona y de los pueblos; pero también se confunde con una mentalidad paternalista y una actitud pietista centrada exclusivamente en la limosna y la asistencia privada.

“Paradójicamente –como también señala T. Mifsud– la sensibilidad actual por la solidaridad es hoy inversamente proporcional a su práctica. La crisis de las ideologías clásicas, el proceso de mutación cultural, el cansancio (rechazo o frustración) frente a los esfuerzos desplegados en la década de los sesenta, la experiencia de las dictaduras militares, la presencia de una cultura de mercado... han suscitado un *repliegue del individuo sobre sí mismo* en la búsqueda de su propia identidad y de su autorrealización en el contexto de un subjetivismo exacerbado con la afirmación de tendencias privatistas”.

En la actualidad, debido sobre todo al neoliberalismo capitalista –condenado por ser inhumano recientemente en Cuba por el Papa– que sólo permite visualizar el éxito individual como meta suprema y hace percibir al otro ser humano como adversario en el mercado de la competencia, y al que hay que vencer o eliminar, como también a causa del individualismo egocentrista, narcisista y hedonista posmoderno tan bien estudiado por G. Lipovetsky, añadida a la tendencia egoísta propia del ser humano que lo convierte en “lobo para el (otro) hombre” en expresión clásica de T. Hobbes, hay una ceguera o, más aún, una auténtica mutilación de esta dimensión con las consecuencias de soledad, inseguridad, pérdida de sentido, sensación de vacío para la persona y anomía social que presagia una crisis generalizada.

Por ello, se hace necesaria y apremiante **una educación para la solidaridad**. Es indispensable hacer percibir, sobre todo a los jóvenes, que viven más de la era posmoderna, la dimensión solidaria del ser humano. Para ello es necesario tener, desde la educación, un *correcto enfoque conceptual* de la solidaridad. La solidaridad, desde el punto de vista que nos interés tiene dos referencias: la primera hace alusión a que la dimensión social del ser humano implica necesariamente unas relaciones de solidaridad entre todos, la segunda hace alusión a los deberes de la persona respecto a la sociedad. En el primer sentido la solidaridad constituye una *realidad antropológica*, pues se desprende del propio ser del hombre en cuanto la

realización de la persona, como veíamos antes, sólo es concebible en el seno de la sociedad y sólo la configuración del “nosotros” permite la auténtica realización del “yo”.

En el segundo sentido la solidaridad constituye una *exigencia ética* y suele ser el sentido más frecuente que se le da a este término, añadiéndole, además, una connotación de generosidad más que de exigencia. Sin embargo el sentido principal es el primero, pues toda recta ética se deriva siempre de una correcta antropología: *querámoslo o no somos de hecho esencialmente sociales y por ello debemos ser solidarios.*

En una educación personalizante y solidaria es necesario hacer caer en la cuenta de que el otro, los otros, constituyen nuestra alteridad y que hay que aceptarlos justamente en su diferencia respecto de nosotros, pero que al mismo tiempo, son lo *no otro*, porque se dan como una dimensión del propio existir, pues nos constituyen íntimamente; la existencia del ser humano se halla totalmente penetrada y conformada por los otros. El ser humano muestra en lo anterior ser un más allá de sí mismo, que se expande constantemente como un círculo luminoso hacia los otros para poder realizarse. Ineludiblemente nos pertenecemos los unos a los otros pues *formamos una unidad en la diferencia* de las personalidades únicas y originales. Esto implica al mismo tiempo un respeto ilimitado por toda persona y la búsqueda del bien común por encima del bien particular. Sólo cuando se ha tomado conciencia de que “nada de lo humano nos es ajeno” –en sentencia de Terencio– es cuando se ha adquirido verdadera lucidez respecto a la realidad humana. En relación con la educación hay que señalar que lo dicho anteriormente es, al mismo tiempo, como todo lo humano, un dato de la realidad antropológica y al mismo tiempo una exigencia ética por realizar.

Un ejemplo, negativo más bien, que puede ayudar a visualizar lo anterior, es el tráfico en una ciudad como Lima, en la que el individualismo y la competitividad de unos contra otros, en una especie de jungla, hace que nos deshumanicemos todos, con pérdida cuantiosa, además, de tiempo, dinero, aumento del stres y sin beneficio alguno para nadie. Al mismo tiempo, en otras ciudades es evidente el provecho del respeto de unos por los otros y del bien común. En ambos casos resulta evidente que, al compartir la misma

ciudad, el bien o el mal que hagamos nos afecta recíprocamente. Lo mismo sucede en la vida humana en general, pues también la compartimos.

De lo anterior se desprende que hay que educar en la capacidad de sentir y asumir la condición humana como una responsabilidad entre todos, lo cual implica una apertura a la realidad y necesidad de los otros. Esta empatía es auténtica en la medida que se traduce en la disponibilidad para compartir, sea al nivel de los recursos materiales (distribución justa de los bienes), como también de los recursos humanos (tiempo, interés, reconocimiento...). La solidaridad es la *síntesis ética entre el amor y la justicia*. La justicia es la expresión efectiva del amor en cuanto a obligación de humanizar las estructuras para permitir una relación justa entre las personas.

La educación en la solidaridad implica una serie de exigencias, entre las cuales se pueden destacar algunas importantes a título de ejemplo:

- La solidaridad se debe hacer un *estilo de vida* porque comporta una manera de ser, una mentalidad frente a los acontecimientos, un modo de proceder en las situaciones concretas. Educativamente se trata de crear un proyecto didáctico que actúe sobre la sensibilidad más que sobre el conocimiento intelectual
- La educación para la solidaridad a de mostrar, más que demostrar, que *la cooperación es más humana racional, inteligente y eficaz que la competitividad* para resolver los problemas humanos.
- La solidaridad al revelar la realidad antropológica del ser humano conlleva el reconocimiento de la *igualdad fundamental* de toda y cada persona junto con el respeto por su *alteridad*, superando así la discriminación de todo tipo y el igualitarismo gregario.
- La solidaridad exige *la eficiencia* al servicio de la persona y la superación de sus problemas; no se trata de una eficiencia en términos puramente estadísticos sino según magnitudes de mayor humanización.

- La presencia de la desigualdad, marginación y pobreza masiva, que constituye una bomba de tiempo, porque produce violencia e inestabilidad social, reclama *una sensibilización solidaria que debe ser comunitaria* (responsabilidad compartida), *pluridimensional* (respondiendo a los distintos aspectos del problema) y *productiva* (sin descartar lo asistencial, privilegiar lo promocional).
  
- Finalmente, la educación para la solidaridad correría peligro, sin embargo de ser estéril, si no estuviese acompañada por el esfuerzo de *alimentar un nueva cultura de la solidaridad* que, reaccionando contra los impulsos individualistas generalizados, profundizara en las conciencias el sentido de la pertenencia común y de la reciprocidad auténtica. Ello equivale a decir que la consolidación de la solidaridad en nuestra sociedad, en nuestras escuelas y aulas, depende de una renovación estructural e interior de la percepción común del destino a que está llamada la humanidad, y por tanto del *compromiso de todos en la construcción de una civilización auténticamente solidaria* que frente a la lógica de la competitividad, el enfrentamiento y el dominio sobre el otro, se perciba una civilización del compartir, de la aceptación, del dialogo, de la *comunión* con lo otro y los otros. Hay, pues, que *convertir nuestra escuelas y aulas, en escuelas y aulas de solidaridad.*

Puede resultar más inspirador que este artículo el poema de F. Loidi (*Solidarios*, 1994) con el que quisiéramos terminar:

“Nuestra palabra tercera, definitiva: NOSOTROS,  
 pues, *los hombres y mujeres formamos todos un cuerpo*,  
 un ‘nosotros’ solidario, trabado, interdependiente.

Nosotros: palabra grávida que gesta las otras dos,  
 la palabra más intensa, nuestra palabra total,  
 la que indica el cumplimiento de todas las esperanzas,  
 la que indica la verdad y genera la salvación.  
 Que la verdad no está en ti ni en mí, sino en el nosotros.  
 Nadie se libera solo, y nadie libera a nadie,  
 que los hombres y mujeres nos salvamos todos juntos.  
 Pues no somos uno y uno, una suma de unidades,  
 sino que somos un todo; y cada uno, dentro del todo.

Hablemos, pues, en plural, con la tercera palabra primordial, generadora, que resume las demás. Dejemos los singulares, tanto 'mío', tanto 'yo' tanta mirada egocéntrica que favorece a las células de la muerte. Y ensanchémonos. Ampliemos el yo al nosotros, y el nosotros hasta el límite de la tierra, sin fronteras. En el corazón, los pobres, ya marcan la gran raya donde se rompe el nosotros y el pecado parte del mundo. En la herida más profunda, colgado en cruz, el más pobre, porque se quedó sin nada, de tanto luchar por todos. Y alrededor, los que pugnan por ellos y por su causa. Estos forman el gran círculo de la solidaridad y gestan la Tierra Nueva, nuestra gran resurrección.

Ésa es también nuestra casa; ahí queremos estar. Humildemente, pues hemos sido admitidos por gracia. Combativamente, porque luchamos por nuestra causa. Para eso vino la luz, que nos tocó con su rayo y traspasó nuestro encierro. Ahora somos NOSOTROS.

## REFERENCIAS

- MOLTMANN, J.  
1973 *El Hombre. Sígueme, Salamanca.*: p. 111 y ps. 114-115.
- MASIA CLAVEL, J.  
1997 *El Animal Vulnerable.* UPCO-Madrid: p. 111.
- LIPOVETSKY, G.  
1986 *La era del vacío.* Anagrama, Barcelona.
- MIFSUD, T.  
1997 La cultura de la solidaridad como proyecto ético. En "Cuadernos de Espiritualidad" N° 78. Lima.
- GOFFI, T.  
1992 *Solidaridad.* En AA.VV. Diccionario de Teología Moral. Paulinas, Madrid.
- GONZALEZ FAUS, J.I.  
1989 *Individuo y comunidad.* Cuadernos FyS. Sal Terae, Santander.